

MARCELINO PAN Y VINO



José María Sánchez

«Marcelino, pan y vino»

Ediciones Taimí

Primera edición Septiembre 2008

Diseño portada: José Luis Orellana

Diagramación y Montaje: Sonia Cordero

Distribución exclusiva: Dinko Lusic

MARCELINO PAN Y VINO

José María Sánchez Silva

I

Tres franciscanos, hace casi cien años, pidieron permiso al señor alcalde de un pequeño pueblecito para que les dejara habitar, por caridad, unas antiguas ruinas que estaban abandonadas a unas dos leguas del pueblo, en terrenos de los cuales era propietario el Municipio. El alcalde, hombre piadoso, accedió a ello por su propia cuenta, sin consultar para nada con los concejales. Partieron los frailes no sin bendecir a su bienhechor y, llegados a las ruinas que ya conocían, se pusieron a cavilar sobre cómo hacer allí en seguida un refugio para pasar la noche.

Se trataba de una granja desde la cual, en otros tiempos, trataron los vecinos de aquel pueblo de hacer frente a los franceses, cuando éstos invadieron España por

el año mil ochocientos cinco, o por lo menos desviarlos para evitar la ruina del pueblo. Entre los frailes había uno joven que era muy dispuesto e ingenioso y en seguida vio por dónde había que comenzar: estaban por allí las grandes piedras que sir vieran a la construcción del primitivo edificio, aunque no todas enteras. También habían árboles para hacer madera y corría por no muy lejos un riachuelo que les prometía a los pobrecillos frailes no morir de sed. Mas como el día iba muy avanzado, a pesar de que salieran del pueblo antes del amanecer -venía uno viejo con ellos, de paso muy vacilante-, pensó el buen fraile en comenzar buscando unos palos y armando sobre ellos la vieja manta que traían, arregló entre las piedras un pequeño espacio cubierto y encendió luego fuego, instaló al viejo y envió al otro por agua al arroyo, mientras él mismo asaba a la lumbre unas papas que cierta buena mujer les diera como limosna. Cumplidos los rezos, cenaron y cuando ya era



de noche se quedaron dormidos los tres frailes y a la mañana siguiente, siempre dirigidos por el bien dispuesto, comenzaron su trabajo.

De esta forma, se comenzó a reconstruir aquel edificio aislado y cincuenta años más tarde, cuando nosotros entramos en él, ha variado mucho. La construcción es tosca y muy simple, pero parece segura ya veces ha brindado refugio a caminantes y pastores durante las tormentas. Tiene una planta baja grande y otra pequeña encima; a las espaldas de la casa, encerrada en un recinto de piedras, está la huerta, que suministra a los frailes parte de su alimento. En la planta baja están la pequeña capilla de la Comunidad, las celdas, el refectorio y la cocina con su despensa; arriba hay otras celdas y una bodega grande, donde suelen guardarse las cosas de mucho bulto y de uso menos frecuente y a su derecha, al pie mismo de la vieja y carcomida escalera que allí sube, hay un pequeño desván que recibe luz del exterior por una estrecha ventanilla.

Ahora son doce frailes, no tres. De los tres primeros murieron dos y uno, muy viejo y enfermo, es aquel tan dispuesto que conocimos joven y emprendedor. Los frailes tienen su cementerio al fondo de la huerta y viven para sus rezos y trabajos y son muy útiles en el contorno porque como hay entre ellos cuatro o cinco padres, pueden decir misa los domingos y fiestas en los

caseríos y poblados de los alrededores que carecen de sacerdote; pueden bautizar a los que nacen y casar a los jóvenes y enterrar a los viejos cuando mueren, y sacar alguna imagen en procesión los días señalados y dar a todos consejo, confesión y consuelo. Aún siguen viviendo de limosna y a poco estuvo hace unos años que no los perdiéramos de vista para siempre, pues el alcalde aquel murió bien pronto y el nuevo llegó un día en su burra hasta el conventillo para preguntar a los frailes con qué derecho estaban allí. Ellos le respondieron con dulzura y gran humildad diciéndole que si era preciso abandonarían inmediatamente aquella casa por ellos construida donde no había más que ruinas, y como algunos sin tardanza trataran de ponerse ya mismo en camino, el alcalde se volvió hacia atrás y les dijo que aún podían quedarse algún tiempo. Pasaron los años y ese alcalde murió y el nuevo, que era nieto de aquel primero, consolidó lo que su abuelo hiciera y logró que los concejales aprobasen la cesión temporal, y por caridad dejó aquel lugar a los frailes. La Comunidad tenía la obligación de renovar el permiso cada diez años y fueron tantos sus beneficios en los pueblos de por allí cerca que una vez le comunicaron en el Ayuntamiento al padre Superior que habían decidido regalarles para siempre el terreno y la edificación que habitaban. El Superior respondió complacida y firmemente que ése sería el mejor camino para hacerles abandonar la casa,

ya que ellos no podían tener nada de su propiedad debido a que sólo vivían de limosna.

Los frailes ponían tanto trabajo y amor, que al cabo del tiempo su convento parecía un edificio no solamente sólido, sino bello: con el agua cerca, se las ingeniaron para hacer brotar algunos árboles, plantas y flores y tenían la huerta bien cuidada y todo por allí muy limpio y ordenado. En ese entonces, estaba a punto de nacer el siglo en que vivimos, ocurrió que una mañana, cuando los gallos aún dormían, oyó el hermano portero una especie de llanto al pie de la puerta, que estaba sólo entornada. Escuchó mejor y acabó por salir a ver qué era lo que se oía. Por el Oriente, parecía querer clarear el día pero aún era de noche. El hermano anduvo unos pasos, guiado por aquel soniquete cuando vio algo como un bulto de ropa que se movía. Al acercarse se dio cuenta de que de allí venían los sonidos, que no eran otros que los producidos por el llanto de un niño recién nacido que alguien había abandonado hace unas horas. El hermano recogió a la criatura y se la llevó al convento. Para no despertar a los demás, que dormían profundamente producto del cansancio de tanto caminar y trabajar, comenzó a entretener al niño y no ocurriéndosele nada mejor, empapó un trozo de tela blanca en agua y se la dio a chupar, con lo cual éste pareció conformarse al silencio que se le pedía.

El gallo cantó muy lejos y el hermano, con su pequeño en los brazos, oyó al gato deslizarse afuera silenciosamente como acostumbraba hacer a tal hora para cazar aún dormidos a quién sabe qué pequeños bichitos. Era el momento de tocar la campana y dar cuenta a los padres de su hallazgo. El chiquitín había cerrado sus ojos y al calorcillo del áspero hábito del buen hermano, se había dormido. Menos mal que era la primavera y el frío había cesado hacía algún tiempo; de lo contrario, el pobre pequeño hubiera corrido el riesgo de morir helado. Cuando la campana sonó, pronto comenzó a escucharse actividad por todas partes. Cuando el hermano presentó el niño al padre Superior, éste no pudo disimular su sorpresa y con él los demás padres y luego los restantes hermanos, quienes corrieron todos al lugar donde oían las exclamaciones de asombro. El hermano portero explicaba y volvía a explicar cómo había ocurrido la cosa y era de ver cómo cada vez los frailes sonreían y movían sus cabezas con una tierna compasión. Sin embargo, el problema era grande. ¿Qué iban a hacer con el niño los pobres frailes, sin poderlo criar ni apenas ocuparse de él? El padre Superior dispuso que uno debía ponerse en camino para un pueblo, llevarse la criatura y debía entregarla a las autoridades. El hermano portero, y alguno de los padres más jóvenes, no ponían buena cara a tal determinación y fue fray Bernardo el primero que atinó con un obstáculo:

-Perdón Padre -díjole al Superior-: ¿Y no debíamos bautizarlo antes?

La idea tuvo la virtud de detener a todos. Accedió el Superior y determinó que se retrasara la salida del pequeñín hasta que fuera cristiano por lo menos. Se dirigían a la pequeña capilla del convento cuando fray Gil detuvo a la comitiva con otra pregunta:

-¿Qué nombre le pondremos?

Varios tenían en los labios el nombre de San Francisco, cuando, quizá un poco a la ligera, el hermano portero se adelantó y dijo:

-¿Qué le parece si le ponemos el nombre del santo del día?

Aquella jornada correspondía a fines de abril y era la fiesta de San Marcelino. Así que este fue el nombre elegido y poco después el nuevo cristiano Marcelino lloraba bajo el agua del bautismo como antes callara al advertir el rico sabor de la sal. Les hizo tanta gracia a todos los frailes aquel encuentro y andaban como pesados, cuando ya hubieron partido los que salían más temprano, de tener que desprenderse del niño que la voluntad de Dios había dejado a sus puertas. Mientras trabajaban dos hermanos, en el huerto, uno se detuvo de pronto y dijo:

-Si me dejaran yo me encargaría de él.

El hermano que estaba con él se echó a reír y le preguntó que cómo pensaba criarle.

-Le daré leche de cabra -repuso el primero prontamente. En efecto, hace pocos meses el convento recibió



el regalo de una cabra, cuya leche se destinaba principalmente al fraile enfermo y viejecito que fundó el convento.

El padre Superior no había perdido el tiempo y encargó a cada fraile que allí donde se dirigiera preguntase a quién podría pertenecer el niño y qué es lo que las autoridades de cada punto podían hacer por él. Trataba el Superior de ceder la criatura en las mejores condiciones posibles a aquellos que se reconociesen como familiares suyos o a la autoridad que más garantía ofreciese para su existencia. De esta forma, se pasó la mañana y cuando el padre Superior había decidido quedarse el niño en casa por lo menos todo este primer día, hizo, para probar la voluntad de sus frailes, como que encargaba a uno de llevarlo al pueblo y entonces fueron varios los que humildemente se le acercaron a rogarle que no lo hiciera así y que lo dejara al menos hasta la mañana siguiente, ya que por ser muy pasado el mediodía, pudiera enfriarse en el camino. El Superior gozó mucho con aquella dulce oposición y accedió a que el pequeño se quedara hasta el nuevo día.

A la hora del Ángelus llegaron frailes que habían salido temprano y relataron al padre cuanto les había acontecido y, como si previamente se hubiesen puesto de acuerdo, movieron la cabeza con desconfianza cuando fueron interrogados sobre la determinación de las

diferentes autoridades a quienes habían informado del caso. Habían dicho que el pueblo era pobre, que allí no se sabía nada de quién hubiera podido abandonar la criatura y que para encargarse del niño haría falta proporcionar una ayuda económica a la familia que quisiera hacerla, si es que alguna quería. Todo ello no dejaba de ser cierto, pues la comarca no era rica y había padecido recientemente una larga sequía que tenía arruinada a la mayor parte de las familias. Entonces, quedó el padre Superior encargado de realizar una suprema gestión, bien con el alcalde de su mayor confianza o con algunas familias muy caritativas que conocía, e incluso habló a los hermanos de escribir a alguno de los conventos que la Orden tenía en las grandes ciudades lejanas. Con todo ello vieron los buenos frailes que el chico se quedaba de momento en casa y tuvieron muy buena y callada alegría aquella noche. Marcelino fue encomendado a la vigilancia del hermano portero y, llegada la hora, todos menos su guardián se dieron al descanso, no sin haber hecho varias veces el ensayo de la sobre la determinación de las diferentes autoridades a quienes habían informado del caso. Habían dicho que el pueblo leche de cabra, algo aligerada con agua, y a cuyo sabor no puso el pequeño reparo alguno.

Amaneció el siguiente día y habrían de amanecer muchos más, pues pese a los deseos formales del padre Superior, no se sabía cómo, siempre ocurría algo que

impedía la salida de Marcelino del convento. Otras veces era que algún fraile traía noticia de que andaba bien encaminada una gestión para que cierta familia se encargase de la criatura; otras, que algún vecino de los poblados del contorno, enterado por los frailes de la existencia del niño, se acercaba hasta el convento y con tal pretexto les hacía merced de algún alimento para ayudarles en la crianza. En aquellos días enfermó y murió el hermano portero, no sin haber suplicado antes a los frailes que se quedasen con el chico para siempre y lo educasen en el santo temor de Dios e hicieran de él un buen franciscano. Así, pasaron los días, las semanas y aún los meses, y Marcelino, cada vez más despierto, alegre y hermoso, seguía en el convento, criado con la leche de la cabra y unas sabrosas papillas inventadas por el hermano cocinero. Había pasado un año y aprovechando un viaje, el padre Superior logró la autorización del padre provincial y Marcelino, por así decirlo, ingresó en la Comunidad: ya nadie podría moverlo de allí, a nos ser sus padres, si alguna vez aparecían. El niño creció y fue la alegría del convento, y a veces también el pesar, porque aunque era bueno como el pan, no siempre sus acciones lo eran y sus robos de fruta en la huerta y sus jugarretas en la capilla o en la cocina y sus pequeñas enfermedades dieron buenos quebraderos de cabeza a los pobres frailes. Pese a esto, todos

querían a Marcelino como a un hijo y hermano y el niño los adoraba a ellos de igual modo.



A Marcelino le faltaba muy poco para cumplir cinco años, y ya era un chico robusto y avisado que conocía desde muy lejos casi todas las cosas que se movían y aun las que se estaban bien quietas. Sabía la vida y costumbre de todos los animales del campo, y no digamos las de los frailes, con cada uno de los cuales tenía un trato especial y a veces les daba también nombres diferentes. Es así como «el Padre» a secas, era para él el padre Superior; el anciano enfermo era «fray Malo» y el nuevo portero era «fray Puerta» y fray Bernardo, aquel que propusiera al padre bautizar al niño, fue desde que Marcelino lo supo «fray Bautizo». Incluso el hermano cocinero fue llamado «fray Papilla», en recuerdo de las primeras sopas que el niño recibiera. Eran tales las ocurrencias del niño, que los frailes no podían enfadarse con Marcelino porque no sólo le querían como ya hemos dicho, sino que celebraban a veces con buenas risotadas. Especialmente el padre enfermo gustaba de oírse llamar «fray Malo», pues solía decir en su mucha santidad que él no sólo estaba, sino que era malo y bien malo y que con su dichosa enfermedad venía a ser

como un Judas en la Compañía de Cristo y sus Apóstoles, ya que los frailes eran doce y él no producía sino trastornos y trabajos a sus compañeros en vez de ayudarles. («Fray Malo» era como un santo y todos le reverenciaban, incluso el mismo padre Superior le consultaba cuando tenía casos difíciles de resolver).

Pero el rey de la casa era Marcelino, además del amor de los frailes, a Dios Nuestro Señor y de la obediencia y humildad ante el Superior del Convento. El niño apenas había salido alguna vez del recinto, y siempre más bien con motivo de las pesquisas que los buenos frailes no se cansaban de hacer respecto de su nacimiento y abandono. Marcelino, algunas veces con unos frailes y otras ocasiones con otros, había ido conociendo los pueblos del contorno, con mucha admiración y divertimento de su parte, pero sin ningún resultado para lo que importaba, ya que sus padres no aparecían ni nadie daba señales de haberlos conocido. Se convencieron los frailes de que el niño había sido abandonado a la puerta del convento por una mujer o un hombre forastero, que viajaban y pasaban por allí y quizás pensaron, al no poder criar al niño, que los buenos franciscanos lo harían por el amor de Dios.

El niño se pasaba gran parte del día solo, jugando y pensando en sus cosas, cuando no ayudando a los frailes en las pequeñeces que él podía hacer. Fray Bautizo

le había construido una pequeña carretilla y éste fue el primero y mayor de los juguetes de Marcelino, con el cual sí que ayudaba a veces en la huerta, transportando ya un melón -no mucho más cabía en la carretilla-, un montoncito de papas y hasta varios racimos de uvas. Sin embargo, los verdaderos juguetes de Marcelino eran los animales. La vieja cabra que había sido su nodriza era su favorita y a veces hasta hablaban, a su modo.

-¿Sabes? Se me ha vuelto a escapar el sapo, y eso que lo dejé en un bote con agua tapado con una piedra.

La cabra le contestaba moviendo filosóficamente su cabeza, muy cerca de la de Marcelino, como diciendo que también ella lo sentía y que hay que ver las cosas tan raras que pasan con los sapos.

Pasado un tiempo, la pequeña huerta de los frailes había llegado a tener ciervo. ¡Cómo disfrutaba Marcelino persiguiendo a las lagartijas o mirándolas sólo moverse tan graciosamente al sol, con sus vivos colores, sus claras barrigas y sus ojillos de cabeza de alfiler, tan brillantes y perfectos! Pero no siempre Marcelino era un buen niño y a veces se divertía en partir en dos a una lagartija y quedarse viendo cómo su cola, separada del resto del cuerpo, seguía moviéndose aún buen rato. Los pájaros también le divertían, y había sido adiestrado por el hermano sacristán -«fray Talán», porque era el que tocaba la campana de la capilla- en la construcción

de lazos y cepos para toda clase de bichos. Las grandes arañas inofensivas de aquellos parajes, las moscas mismas, los famosos caballitos del diablo, las mariposas, los escarabajos, los saltamontes e incluso los alacranes a los que sabía sacar muy hábilmente su arpón venenoso- eran sus víctimas o sus capturas preferidas. Hubo una vez que le picó un alacrán y todavía recordaba los terribles dolores que le causó, a pesar de que fray Puerta le había chupado con su propia boca el veneno del escorpión en la pantorrilla derecha. En esa oportunidad, le juró venganza en su interior y habiendo preguntado un día a un labriego que llegó al convento a pedir una herramienta que precisaba, supo que en aquella comarca había muchos alacranes y que, como eran tan dañinos, se les solía condenar a morir al sol, al cual no pueden ver, pues siempre viven entre las plantas y debajo de las piedras, en sitios frescos y oscuros. Marcelino, a veces, a escondidas de los frailes, salía a cazar alacranes: levantaba las piedras y hurgaba con su palo entre las plantas de la cerca y cuando el asqueroso animal, como un cangrejo extrañamente rubio, salía, le quitaba de un golpe la bolsa del veneno y luego, con otro palo afilado, lo pinchaba por la mitad del cuerpo y lo dejaba así atravesado morir al sol. Una buena repri-menda, acompañada de un nada suave tirón de orejas, le costó alguna de estas hazañas.

Al regresar de sus cacerías, todo el afán de Marcelino era conservar sus presas, que guardaba en botes con agua si eran ranas o sapos, o en cajas con agujeros si se trataba de escarabajos o saltamontes. Pero para gran sorpresa suya, cada mañana, cuando se despertaba, aparecían vacías las cajas o los botes: los prisioneros habían huido durante la noche. Lo que nunca supo Marcelino es que los buenos frailes, que conocían sus malas costumbres, daban libertad por la noche a los pobres animalitos de Dios mientras él dormía.

Sin embargo, Marcelino siempre fue cruel con los animales. Más de una vez había ayudado al viejo Mochito, el gato del convento, ya casi medio ciego y a falta de una oreja que perdió cuando joven en terrible batalla con un gran perro, a cazar ratones. Era un gato que pudiera llamarse vegetariano, pues él comía cualquier verdura, ya fuesen judías verdes o papas con zanahorias.

-Mochito, por ahí no-le decía Marcelino a su gato cuando andaban juntos de cacería.

Valiéndose de palos o bien de piedras para tapar los agujeros, Marcelino era una valiosa ayuda para Mochito y cuando el ratón quedaba acorralado, el niño se desesperaba de ver al gato tan entretenido y calmoso jugando con el ratoncilla sin hacerle otra cosa que cortar-le el paso o darle de manotadas sin producirle ningún daño.

-Tú así les haces sufrir más -decía Marcelino, imitando lo que a él le decían los frailes e interviniendo con su garrote y dejando muerto al ratón de un estacazo-. Ahí le tienes ahora.

Mochito no era partidario de la violencia ni de los espectáculos sangrientos. Una vez convencido de que el ratón ya no se movía, volvía sus tristes ojos medio ciegos a Marcelino como diciéndole:

-Dime ¿Por qué lo has roto? ¿No has visto que me estaba divirtiendo con él?

Muchas veces los frailes, observando a Marcelino en sus largas charlas consigo mismo o con los pequeños animales del campo, se decían pasmados unos a otros:

-¡Si parece un pequeño San Francisco!

¡San Francisco! Marcelino era capaz de llevar a una hormiga demasiado cargada hasta su destino, pero también lo era de cegar con tierra el hormiguero para ver como las hormigas, desorientadas, rompían su orden de trabajo y corrían alocadamente como si hubieran perdido el camino y no supieran dónde se encontraban.

Marcelino siempre contaba, en sus juegos, con un personaje invisible, el cual era un niño, el primero que había visto en su vida. Sucedió una vez que una familia que se trasladaba de un pueblo a otro, fue autorizada

por el padre Superior a acampar cerca del convento para poder suministrarse de agua y otras cosas que necesitaba. En esta familia iba el menor de sus hijos, que se llamaba Manuel, y allí conoció por primera vez Marcelino a un semejante suyo de parecida edad. No había vuelto a olvidar a aquel niño con el que apenas si había cambiado algunas palabras durante el juego. Desde entonces, Manuel estaba siempre a su lado en la imaginación y era talla realidad con que Marcelino le veía, con su flequillo rubio sobre los ojos y la respingada nariz nada limpia, que llegaba a decirle:

-Manuel, quítate de ahí; ¿no ves que me estás estorbando?

Marcelino se había cuestionado del origen de su familia; por su madre y su padre y también por sus hermanos, debido a que él sabía que los demás chicos tenían padres. Le había preguntado a más de tres de sus frailes favoritos, sin obtener otra respuesta que la de la historia de su hallazgo a las puertas del convento o, si él insistía mucho y particularmente sobre la existencia de su madre, un gesto que se le antojaba muy vago, acompañado de estas pocas palabras:

-Está en el cielo, hijo; en el cielo.

Era muy observador, y también comprendía que las personas mayores, a veces, se equivocaban. ¿Por qué no podían equivocarse asimismo en aquello de su ma-

dre y del cielo, al cual había mirado tanto por si la veía? Marcelino era un chico muy listo y por haber estado solo la mayor parte de su vida, sabía observar muy bien y así se aprovechaba de los descuidos de los frailes, bien para sacar sin ser visto alguna golosina de la huerta, pues otras no había en la pobre Comunidad, o bien para hurtarse de algún trabajo que le hubiera sido encomendado.

El convento para Marcelino era el paraíso, pues lo constituían la huerta y el campo de alrededor, pero sólo había un árbol del Bien y del Mal; sólo una prohibición pesaba sobre el niño y era la de subir las escaleras de la bodega y el desván, muy imperfectas y peligrosas de subir para un pequeño de tan corta edad. Al principio, los buenos frailes le habían asustado con las ratas que decían había allí por docenas, grandes y negras, de rabo largísimo; bigotudas y con unos terribles dientes agudos como alfileres. Luego, Marcelino supo más de las ratas que los propios frailes, y entonces, para contener su curiosidad, le dijeron que había escondido un hombre muy alto que sin duda le cogería y se lo llevaría para siempre si le veía. Pero Marcelino, seguía mirando las escaleras prohibidas y no pasaba día sin que se hiciera propósito de subidas a la mañana siguiente, cuando los frailes hubieran salido de convento y sólo el cocinero, el portero y los hermanos de la huerta estuvieran en casa, cada uno distraído con sus obligaciones. Pero

por unas cosas o por otras, Marcelino no había llegado a realizar su atrevido proyecto, sobre todo desde que una vez intentó poner pie en el segundo escalón y se oyó un chirrido de la madera que le puso los pelos de punta al travieso muchacho.

Marcelino pensó mucho el cómo poder redondear su plan: subiría descalzo; dejaría las sandalias al pie de la escalera y, con un palo, antes de apoyar los pies en los escalones, los tantearía para ver por dónde sonaban más y por dónde no. Lo más difícil era subir los quince primeros escalones, pues podía ser visto desde abajo por cualquiera; pero una vez doblado el recodo que hacía la escalera, estaba salvado y podría continuar su exploración ya sin tantos cuidados.

Así como lo pensó lo hizo. Aprovechó una tarde tranquila en que diferentes atenciones tenían a los frailes dispersos o ausentes. Sólo quedaba un hermano en la huerta, el fraile encargado de la cocina, o sea fray Pappilla, que también hacía de portero por haber salido fray Puerta, y el anciano fray Malo tendido en su celda. De esta manera, Marcelino se proveyó de un buen palo, se descalzó como había pensado y, con las sandalias en una mano y el palo en la otra, echó despacio y con cuidado escaleras arriba. Apoyaba los pies sólo en aquella parte de los escalones que suponía que no iba a sonar, por haber apoyado antes el palo. Comenzó a subir despacio y el corazón le latía terriblemente: sabía que esta-

ba haciendo algo prohibido y, sin embargo, no era capaz de bajar y cumplir con lo que tenía ordenado. Cuando logró doblar el recodo de la escalera, respiró más tranquilo. Allá arriba estaban, a su alcance, la bodega y el desván. En este momento se sintió llamar desde la huerta.

-¡Marcelino, Marcelino!



Lo llamaba el hermano Gil. Lo más seguro es que haya encontrado un sapo y le llamaba para que lo cogiese. El niño se detuvo muy asustado pero en seguida comprendió que tenía tiempo de subir del todo, echar una ojeada y bajar luego hasta la huerta, haciendo como que no había oído.

-Manuel, vamos -se dijo.

Subió y pudo llegar arriba. Abrió con cuidado la puerta de la bodega. Lo que había allí era lo que él se había imaginado, un paraíso: había leña seca, había cajones vacíos, picos, palas y cacharros. Era un sitio espléndido para jugar en el invierno, cuando hacía frío fuera del convento.

Después, con todo cuidado, se dirigió a la puerta del desván. Miró antes por entre las juntas de las maderas y sólo vio mucha oscuridad. Empujó la puerta y la madera girmió ásperamente. El niño continuó empujando y cuando tuvo abierto un buen hueco, metió por allí la cabeza y observó. El desván era más pequeño que la bodega y tenía un ventanilla pequeñísimo -cerrado, por el que apenas si entraba luz. Poco a poco, los ojos de Marcelino se fueron acostumbrando a aquella oscuridad y pudo distinguir los objetos.

En plena oscuridad observó sillas rotas, mesas, maderos y otros cachivaches, aunque mejor ordenados que los de la bodega. En la pared de la derecha se veía algo

así como una estantería con libros y legajos llenos de polvo; en la de enfrente estaba el ventanillo y debajo los muebles hacinados. Cuando Marcelino, girando su cabeza con el cuello casi aprisionado entre la puerta y el marco, miró a su izquierda, no reconoció al pronto lo que había; pero, poco a poco, fue viendo algo así como la figura de un hombre altísimo, medio desnudo, con los brazos abiertos y la cabeza vuelta hacia él. Aquel hombre parecía mirarle y Marcelino estuvo a punto de soltar un grito de terror: ¡No le habían engañado los frailes! ¡Había allí un hombre que a lo mejor, se lo llevaba para siempre! Asustado, Marcelino sacó la cabeza de un tirón, no sin arañarse una oreja con la puerta, y cerró de golpe. Descalzo y sin acordarse del palo, de Manuel ni del ruido que podría hacer, bajó alocadamente las escaleras. Cuando salió al pasillo y más tarde al campo, se dejó caer junto a un árbol. Había pasado un susto horrible.

Todo lo que le habían contado los frailes era verdad, en el desván había un hombre espantoso. Muy asustado se puso las sandalias y comenzó a caminar hacia la huerta.

Aquel hombre que había visto era un personaje más en el cual pensar a todas horas; pero eso sí, sin poder hablar a nadie de él, porque los frailes le castigarían y él comprendía que esta vez harían bien.

El día había amanecido nublado y, por fin, estalló la tormenta. Marcelino estaba subido en un árbol, afanado en atrapar un nido; pero cuando el cielo se puso negro y sonaron los primeros truenos, se bajó del árbol y, entre la lluvia, corrió a refugiarse en el convento. A Marcelino no le gustaban las tormentas, aunque prefería que fuesen de día. En la noche le daban mucho más miedo; los relámpagos iluminaban su pequeño cuarto, donde dormía en la única cama que había en la casa, puesto que los frailes, por sus penitencias y esas cosas, dormían en unas tablas sobre el santo suelo. Las grandes tormentas de septiembre despertaban a Marcelino por la noche y pasaba muy malos ratos con los truenos, los relámpagos y, sobre todo, con el ruido de la lluvia interminable sobre los tejados. No le gustaba nada el invierno; por el invierno salía mucho menos al campo y en el convento se aburría y, lo que es peor, los frailes se dedicaban a enseñarle. Desde el invierno pasado que conocía las letras. Este invierno, el padre Superior le había dicho que tenía que aprender a leer. La instrucción de Marcelino no era muy buena; sabía rezar, claro es, y estaba algo instruido en el Catecismo; pero los frai-

les no habían querido, por consejo del padre, apretarle mucho.

Marcelino pensaba en el invierno sin ganas de que llega se, mientras veía caer la lluvia desde la puerta del convento. ¡Se ponía todo tan triste por el invierno!

Los bichos se escondían en su agujero y los pájaros desaparecían. Mochito era lo único que le quedaba a Marcelino, pero como era viejo ya no le divertía jugar. Y a veces le soltaba un bufido a su amigo. Estos pensamientos llevaron a Marcelino al recuerdo del hombre del desván. Habían pasado varios días desde que lo viera por primera vez. Pensó que cuando fuera invierno no iba a poder subir porque los frailes estaban mucho más en la casa, aunque ellos no tuvieran miedo de las tormentas ni de la lluvia ni del frío y siguieran saliendo a diario a sus cosas; pero regresaban mucho antes, y la casa estaba más silenciosa y le podrían escuchar. Por eso, Marcelino decidió subir de nuevo a ver al hombre antes de que llegara el invierno.

El niño había pensado mucho en él. Tanto que había llegado a hacer las más diversas suposiciones. Pensaba si aquel hombre saldría alguna vez del desván o si se estaría siempre, con los brazos abiertos y apoyados contra la pared, como estaba fray Malo tendido en su lecho desde hacía tantísimos años. ¿El hombre del desván estaría también enfermo? Por una parte, el terror

que Marcelino había padecido cuando lo vio y por otra la conmiseración y la pena que le producía pensar en que el hombre del desván pudiera estar enfermo, además de desnudo y solitario allá arriba, le aumentaban los deseos de subir otra vez y mirar mejor. Quizás había tenido tanto miedo porque le dijeron los frailes que aquel hombre se lo podría llevar para siempre. Pero si hubiese querido llevárselo, no hubiera tenido que esperar tanto tiempo, pensaba Marcelino. ¡Tantas veces había estado él casi solo en el convento, por la huerta y por el campo! Pensaba que con un hombre no hubiese podido luchar y se habría visto precisado a dejarse llevar quieras o no.

Apenas la lluvia cesó y la tormenta se hubo alejado mucho, Marcelino ya estaba decidido. Tenía su plan y en este plan intervenía también Manuel, el amigo invisible, y Mochito, que cerraba sus ojos medio ciegos muy cerca del fogón de la cocina.

-Manuel: tenemos que subir. Yo hago lo mismo que la otra vez: llevo mi palo y mis sandalias en la mano. Cuando llegue a la puerta, la abro un poco y me quedo mucho rato mirando, para ver si el hombre se mueve. Si se mueve, salimos corriendo. Si no, con mi palo abro el ventanilla y lo miramos. Mientras yo hago todo esto, tú vigila la escalera, ¿eh? No vayan a venir los padres y nos atrapen.

Esperó el momento propicio. Cada vez que pensaba en ello se le hacía difícil respirar. Poco a poco se fue acostumbrando y todo su afán era sorprender las conversaciones de los frailes, para calcular mejor el día en que habría de correr su segunda aventura.

Hasta que el día llegó. Las tormentas no habían vuelto y los frailes, como siempre por el otoño, estaban muy ocupados en prevenir hasta donde fuera posible la llegada del invierno y hacían un gran esfuerzo, cuando el padre Superior daba la orden, para arreglar la casa y reunir todas las limosnas que pudieran. El invierno era largo y los caminos, en el peor tiempo, se ponían imposibles. Había años en que los frailes estaban encerrados forzosamente en el convento durante un mes y más aún por la nieve y el viento, por el frío grandísimo y todo ello, por supuesto, sin recibir una sola visita ni una sola limosna. Había llegado, pues, el tiempo de operaciones contra el invierno próximo. La actividad exterior de los frailes aumentó y ahora venían unos días propicios para los deseos de Marcelino. Si se descuidaba, en seguida los frailes comenzarían a reparar el convento, las goteras y los tejados, las ventanas y todas aquellas rendijas que podían dejar paso al frío.

Marcelino, una tarde ya algo fresca y sin sol, aprovechó la ausencia de la mayoría de los padres. Como de costumbre, quedaban en la casa, además de fray Malo,

el hermano Gil en la huerta y fray Papilla en la cocina con el encargo de vigilar la portería. El niño tenía preparado un largo palo, que le serviría para tantear los escalones y, si llegaba el caso, para poder abrir la madera del ventanillo del desván. Muy callado, aunque siempre hablando con su amigo Manuel, subió las escaleras. Al cuarto o quinto escalón, sus pies descalzos arrancaron de la madera un sonido chirriante que le asustó mucho, pues iba con el corazón saltándole de miedo en el pecho.

-Ten cuidado Manuel -dijo a su invisible amigo. Y siguió hacia arriba.

Sin embargo, esta vez no se entretuvo mirando la bodega, sino que se fue derechamente hacia el desván. Empujó con preocupación la puerta, porque ya sabía que sonaba mucho al abrirse, y estuvo escuchando a ver si se oía algo, aunque sólo fuese la respiración del hombre que allí dentro estaba. Pero no: guardando tanto silencio, sólo podía oír Marcelino los latidos de su corazón, que marchaba cada vez más de prisa. Introdujo la cabeza en la rendija y la abrió un poco más, miró y escuchó hasta los menores ruidillos de la madera, esos que hace un pequeño bicho que la madera tiene dentro y que se llama carcoma. Por fin, pudo distinguir al gran hombre: estaba igual que la otra vez y no se le oía respirar. Parecía que el hombre miraba a Marcelino, pero



éste no podía verle los ojos por la oscuridad que allí había. Para ver si hacía algo, Marcelino metió su palo por la rendija y lo dirigió hacia él con mucho miedo, pero con el deseo de saber qué ocurriría. El palo golpeó a los pies del hombre y no pasó nada. Seguramente aquel hombre estaba enfermo o quizás muerto. El niño decidió entrar, pero no sin antes volver la cabeza hacia la escalera y decir en voz muy baja:

-Si viene algún fraile, no dejes de avisarme Manuel y no pudo dejar de temblar pensando en si fray Papilla o el hermano Gil o quizá fray Talán, que siempre era el primero en regresar a pesar de tener las piernas más cortas de todo el convento, le sorprendían allí. Pero a quien más temía era al padre Superior, aunque también era a quien quería más. Al pensar todo esto, pudo por fin, pasar una pierna por la rendija y luego el cuerpo y al final la otra pierna. Ya estaba dentro del desván. Avanzó un poco y, al tropezar seguramente con algo que no había visto, sonó un ruido que a Marcelino le pareció tan grande como un trueno. Se quedó sin respirar y encogido como un escarabajo. El corazón le latía terriblemente. ¡Y si se despertaba ahora el hombre con aquel ruido y le cogía y se lo llevaba para siempre!, y él, que ni siquiera había cumplido todavía los seis años, ¿qué hubiera podido hacer? Le castañeteaban los dientes a Marcelino de puro miedo, pero, pasado un cierto tiempo, pudo observar que allí no pasaba nada: ni su-

bían los frailes, ni se despertaba el hombre ni nada se movía. Envalentonado y arrastrando los pies por no hacer otro ruido como el de antes, Marcelino se fue acercando, palo en ristre, hasta el pie de la ventana, y por las rendijas que dejaban entrar un poco de luz vio cómo tendría que arreglarse para abrir la madera. Le costó bastante trabajo porque debía hacer mucho tiempo que aquello no se abriera. De pronto oyó un ruido familiar y se rió para sí: una rata acababa de asustarse y correr a su escondite. Al fin, logró abrir un poco la madera del ventanilla y miró en seguida hacia donde estaba el hombre.

No había visto jamás un crucifijo tan grande ni de bulto, con un Jesucristo del tamaño de un hombre de veras clavado a la cruz, tan alta como un árbol. Marcelino se acercó al pie de la cruz, y mirando con fijeza la cara del Señor, la sangre que le goteaba de la frente por las heridas de la corona de espinas, las manos y los pies clavados al madero y la gran llaga del costado, sintió llenársele los ojos de lágrimas. Jesús tenía los suyos abiertos, aunque con la cabeza algo inclinada sobre su brazo derecho no podía ver a Marcelino. El niño fue dando la vuelta hasta ponerse debajo de su mirada. Jesús estaba muy flaco y la barba le caía a borbotones sobre el pecho; tenía las mejillas hundidas y su mirada producía a Marcelino una grandísima compasión. Marcelino había visto muchas veces a Jesús, aunque siempre pinta-

do en el cuadro que había en el altar de la capilla, o en los crucifijos pequeños, como de juguete, que llevaban los frailes. Pero nunca le había visto «de verdad» como ahora, con todo el cuerpo desnudo y de bulto, que él podía rodear con sus manos y había aire por detrás. Entonces, tocándole las piernas delgadas y duras, Marcelino levantó sus ojos hacia el Señor y le dijo sin reparos:

-Señor, tienes cara de hambre.

El Señor no se movió ni le dijo nada. Marcelino tuvo una se coló como una exhalación y acercándose al gran Cristo, extendió su brazo hacia Él ofreciéndole lo que traía.

-Espérame, ahora vengo.

Marcelino se dirigió hacia la puerta y salió a la escalera. Iba tan impresionado por el aspecto del Señor, que no se preocupó de meter ruido. Mientras bajaba, pensó cómo podría engañar a fray Papilla. En vez de dirigirse derechamente a la cocina, lo hizo hacia la ventana posterior, que daba a la huerta, y desde allí, después de observar que el hermano Gil estaba muy lejos, inclinado sobre la tierra y trabajando, gritó:

-¡Mire, Fray Papilla, fray Papilla, salga, que hay aquí un bicho grandísimo!

Cuando dijo esto, Marcelino corrió a esconderse junto al gran cajón de la leña, que estaba muy cerca de la puerta de la cocina. Poco tardó en ver salir a fray Papi-
pilla, murmurando algo entre dientes. Entonces, rápido como el rayo, Marcelino entró en la cocina, cogió lo primero que vio de comer y subió corriendo escaleras arriba. Al llegar al desván idea repentina y, empinándose mucho hacia Jesús para que le oyera, le dijo de nuevo:

-Come, es pan solo, ¿sabes? -le decía, estirando su mano cuanto podía-. No he podido encontrar más por la prisa.

El Señor bajó un brazo y cogió el pan. Y allí mismo, según estaba clavado, comenzó a comerlo. Marcelino recogió su palo y sus sandalias, empujó algo la madera del ventanillo y salió con cuidado, diciéndole al Señor en voz baja:

-Me tengo que ir porque he engañado a fray Papi-
lla. Pero mañana te traeré más.

Cerró la puerta y echó escaleras abajo en busca del fraile. Estaba muy contento Marcelino. Seguramente ya tenía un amigo más que añadir a Mochito, a la cabra y ¡ay! a la sombra de Manuel.



Luego llegaron unos días difíciles para que Marcelino pudiese visitar otra vez a su nuevo amigo: Con la novena de San Francisco se acercaba la fiesta grande del convento y los frailes se recogían antes y aun menudeaban los sacrificios y la mala comida, pues todos ellos estaban terriblemente ocupados en sus devociones. San Francisco de Asís era también para el niño un buen amigo, del cual conocía, por boca de los frailes, muchas más cosas que la mayoría de los hombres ya grandes de las ciudades. (En lo único en que Marcelino dejaba de estar conforme con la vida del Santo era en aquello de haber vendido su caballo». ¡Con lo hermoso que es un caballo grande como los que a veces ataban a las puertas del convento los guardias civiles que vigilaban la comarca!). Marcelino tenía obligación de asistir día por día a esta novena y se pasaba el rato mirando al gran cuadro que del Santo tenían los frailes en el altar, más iluminado por estas fechas que los días corrientes.

La tormenta había vuelto una noche y Marcelino, entre el miedo y el recuerdo de su amigo del desván, la sintió mucho más que nunca y en poco estuvo que su-



biera, pese al miedo y los relámpagos, para cubrir con una manta al Señor del desván y tan desnudo el pobre y expuesto al frío viento y a la lluvia de aquella noche a través del mal cerrado ventanal. Pasó, al fin, el trance, y con el término de la novena llegó el gran día de San Francisco, en el cual los frailes, después de cumplir sus obligaciones de cada día dentro y fuera del convento, celebraban en grande la fecha del Patrón y hasta comían un poco de carne dada de limosna, y abrían algunas botellas de vino rojo del país que tenían de regalo para las grandes ocasiones. Este año, no menos de media vaca les fue traída en un carro para la gran fiesta. Ni Marcelino ni Mochito hicieron grandes ascos a la carne, tierna y magra como nunca vieron. Pero entonces a Marcelino, cuando recibió permiso para salir al campo después de comer, le dolió la carne comida y disfrutaba pensando en su amigo de arriba. Ése sí que no tenía carne ni pan ni siquiera un poco de agua y Marcelino se hacía cruces pensando en cómo podría vivir tanto tiempo sin más que el poco de pan que le llevara lo menos hacía dos semanas. Pensando en esto, dio Marcelino una vuelta por la cocina y vio que allí quedaba mucho más de la mitad de la carne que les habían traído. Con lo cual pensó que al otro día habría también carne y algunos más, y se consoló tanto que dedicó el resto del día a sus hazañas favoritas y ni siquiera Mochito, ni la propia

cabra su nodriza, ni las pacíficas lagartijas del cerco escaparon a sus travesuras y maldades.

Cuando se acabó la novena y la fiesta del pobrecillo Francisco, volvió la vida propia de cada día al convento y regresaron las preocupaciones de los frailes ante el invierno. Menudearon las salidas y entradas y la despena, por providencia de Dios, se fue aumentando como todos los años por aquellas fechas. Antes de que la carne se acabara, se acabaron las memorias de Marcelino, y pasaron no pocos días hasta que se acordó otra vez de su desgraciado amigo del desván. Justamente fue el último día de carne cuando Marcelino vio con repentino espanto que apenas quedaban las raciones justas para los de la casa y pensó con remordimiento en el pobre hambriento, tan pálido y tan flaco, que estaba clavado en su cruz. Por eso, decidió subir aquel mismo día como fuese, y bien provisto de su palo largo, acechó la ocasión de poder subir con las manos llenas en lugar de vacías. En ese momento fray Papilla no se separaba ni un minuto de su cocina y Marcelino hubo de vérselas con la dificultad una vez más, hasta que en un descuido del buen fraile sepultó en su bolsillo un gran trozo de carne asada y, poco después, otro buen tarugo de pan, de aquel duro que los frailes comían cuando lo podían tener. Ya provisto con sus dos buenas piezas, Marcelino se hizo ánimo y, acostumbrado al éxito de sus empresas, subió esta vez sin quitarse las sandalias,

aunque con buen tiento en el caminar por no hacer ruidos sospechosos. Cuando llegó al desván y ya sin miedo, se dirigió derechamente al ventanilla y lo abrió. Miró en seguida adonde el Hombre estaba y lo vio en su postura de costumbre, con lo cual se llegó hasta su pie y le habló de esta manera:

-Hoy había carne, por eso he subido.

Mientras pensaba para sí: «¡Si Éste supiera que había habido carne tantos días y no sólo hoy!» Pero el Señor nada dijo ni Marcelino le dio importancia a su silencio, sino que sacando la carne y el pan y poniéndolo sobre la mesa que por un milagro se tenía sobre las patas, le dijo sin mirarle:

-Podrías bajarte hoy de ahí y comerte esto aquí sentado. Marcelino acercó hasta la mesa un sillón frailerío que allí estaba, más pesado que cien mil diantres y algo cojitranco.

El Señor movió un poco la cabeza y le miró con gran dulzura. Y, de a poco se bajó de la cruz y se acercó a la mesa, sin dejar de mirar a Marcelino.

-Niño, ¿no te da miedo? -preguntó el Señor.

Marcelino estaba pensando en otra cosa y, a su vez, dijo al Señor:

-¡Tienes que haber tenido frío la otra noche, la de la tormenta!

El Señor sonrió y preguntó de nuevo:

-¿No te doy miedo ninguno?

-¡No! -repuso el chico mirándole tranquilamente.

-¿Tú sabes, pues, quién Soy? -interrogó el Señor.

-¡Lo sé! -repuso Marcelino:- ¡eres Dios!

Jesús se sentó entonces a la mesa y comenzó a comer la carne y el pan, después de partido de aquella manera que sólo Él sabe hacer. Marcelino, familiarmente, le puso entonces su mano sobre el hombro desnudo.

-Señor, ¿tienes hambre? -preguntó.

-Sí, mucha -repuso el Señor.

Al terminar Jesús de comer la carne y el pan, miró a Marcelino y le dijo:

-Eres un buen niño y Yo te doy las gracias.

-Hago lo mismo con Mochito y con otros.

El niño estaba pensado en otra cosa como antes y preguntó de nuevo:

-Tienes mucha sangre por la cara y en las manos y en los pies. ¿No te duelen tus heridas?

Volvió a sonreír el Señor, y le preguntó suavemente, poniéndole El, a su vez, la mano sobre la cabeza:

-¿Sabes quiénes me hicieron estas heridas?

El niño parpadeó y repuso:

-Sí, lo sé. Te las hicieron los hombres malos.

Cuando escuchó lo que dijo Marcelino, el Señor inclinó su cabeza y entonces el niño aprovechó la ocasión y, muy suavemente, le quitó la corona de espinas y la dejó sobre la mesa. El Señor le dejaba hacer, mirándole con un amor que Marcelino jamás había visto reflejado en mirada alguna. Y, repentinamente, Marcelino habló señalándole a las heridas:

-¿Te las podría curar yo? Hay un agua que pica que se da por encima y a mí se me curan todas.

-Puedes; pero sólo siendo muy bueno - dijo Jesús.

-Yo ya soy bueno-dijo Marcelino con presteza.

Sin querer, pasaba sus dedos por las heridas del Señor y se manchaba un poco de sangre.

-¿Y si yo te quitara los clavos de la cruz?

-Si me los quitaras no podría sostenerme en ella - dijo entonces el Señor.

Entonces le preguntó a Marcelino si sabía bien su historia, y Marcelino le dijo que sí, pero que quería oír-

sela a Él mismo para saber si era verdad. Y Jesús le contó su historia y le habló de cómo era un niño y trabajaba con su padre, que era carpintero. Y cómo una vez se perdió y le hallaron hablando con los viejos de la ciudad. Y cómo creció y lo que hizo y cómo predicó y cómo tuvo discípulos y amigos y luego le pegaron y le escupieron y le crucificaron delante de su Madre. Y así fue llegando la tarde y con ella las primeras sombras y a lo último Marcelino se despidió y dijo que volvería mañana sin falta. Marcelino tenía señales de haber llorado y el mismo Jesús le pasó sus dedos por los párpados para que los frailes no se dieran cuenta de que había llorado. Entonces Marcelino le dijo que si le gustaría que volviese mañana o si le daba igual, y Jesús, que estaba ya de pie para volverse a su cruz, después de haberse comido el pan y la carne, le dijo:

-Sí, quiero que vengas mañana, Marcelino.

El niño salió del desván un poco aturdido, pensando cómo el Señor sabría que él se llamaba Marcelino y no de otra manera, como el hermano Gil o fray Papilla o el propio Mochito. Y bajaba pensando también en cómo se le habrían quitado las manchas de sangre ellas solas.

Marcelino durmió plácidamente y se despertó al otro día sin haber soñado nada, ni con bichos, ni con tormentas, ni siquiera con la carne riquísima que había

comido y recordó en seguida la promesa hecha al Hombre del desván y anduvo toda la mañana dándole vueltas en la cabeza de cómo podría subir tanto sin que le vieran y también qué alimentos podría llevar hoy para comer a su amigo. Sin planearlo, se le pusieron las cosas mejor de lo que pensaba y en uno de sus viajes a la cocina, donde no siempre era bien recibido por fray Papilla, quien de sobra sabía que nunca iba Marcelino por casualidad, sino a llevarse algún anticipo de las viandas, halló la cocina abandonada y sin más se metió un gran pedazo de pan en el bolsillo, y luego registró con la mirada todos los sitios para ver qué más podría llevar. Pero como no vio nada más que la gran olla de verduras en el fuego, acertó encontrar por allí una botella de vino como hasta la mitad llena, sobra seguramente de las fiestas pasadas, agarró corriendo un vaso de latón y lo llenó hasta los bordes y se dirigió sin más a las escaleras, con las cuales se había familiarizado Y subía ya sin tanto miedo.

En el camino se acordó que afortunadamente había dejado en el desván un palo para abrir el ventanal y entró sin preocupación alguna. A oscuras le dio los buenos días al Señor y éste le contestó desde su cruz.

-Muy buenos días, buen Marcelino.

La luz que se coló por el estrecho ventanal le sirvió al niño para mirar mejor, se aproximó a la mesa y dejó

el vino, del cual se le había caído un poco, y después el pan.

Jesús sin decir ninguna palabra, ya había descendido de su cruz y estaba en pie a su lado.

Marcelino chupándose unas gotas de vino de los dedos, le dijo:

-No sé si te gustará el vino, pero los padres dicen que da calor. Y, por cierto -prosiguió sin dejar al Señor que respondiera-, he pensado en que viene el invierno como el año pasado y que... -y se detuvo, mirando al Señor con mucha atención.

-¿Qué pasa Marcelino? -le animó Jesús.

-Es que... -Marcelino dudaba-. Pues que te voy a subir una manta para que te cubras un poco y no tengas tanto frío, pero no sé si eso es robar.

Jesús había tomado asiento y Marcelino estaba junto a Él, viéndole cómo comía el pan y cómo, de vez en vez, se llevaba el vaso de latón a los labios.

El Señor le dijo:

-A mí ayer me tocó contarte mi historia y tú aún no me has contado la tuya.

Al escuchar esto, Marcelino abrió mucho los ojos y miró al Señor con sorpresa.

-Es que mi historia -dijo el niño- dura muy poco. No he tenido padres y los frailes me recogieron cuando pequeñito y me criaron con la leche de la cabra vieja y con unos caldos que me hacía fray Papilla y tengo cinco años y medio -luego se detuvo y prosiguió, mientras el Señor le miraba-. No he tenido madre -y después, como interrumpiéndose en su relato, preguntó al Señor:- ¿Tú tienes madre, verdad?

-Claro -repuso Aquél.

-¿Dónde está? -preguntó Marcelino.

-Mi madre está con la tuya -dijo Jesús.

-¿Cómo son las madres? -interrogó el niño-. Yo siempre he pensado en la mía y lo que más me gustaría de todo sería verla aunque fuera un momento.

Y así el Señor le explicó cómo eran las madres. Y le dijo cómo eran de dulces y de bellas. Y cómo querían a sus hijos siempre y de que se quitaban las cosas de comer y de beber y de abrigar para dárselas a ellos. Marcelino, oyendo al Señor, se le llenaban los ojos de lágrimas y pensaba en su madre desconocida, con un cabello mucho más fino que la piel de Mochito y unos ojos mucho más grandes que los de la cabra y más dulces aún, y pensaba en Manuel, que tenía su madre y la decía «mamá», llorando cuando Marcelino le tiró mucho

de las narices con una pinza de colgar la ropa y se le salían un poco los mocos.

Cuando la campana tocó a comer llegó la hora de que Marcelino se retirara, y el Señor se volvió a su cruz. Tan cautivador había sido el relato de Jesús sobre las madres que a Marcelino se le había olvidado quitarle esta vez la corona de espinas, pero se prometió no olvidarlo a la próxima y hasta romperla de una vez para que no atormentase más a Jesús.

Sin embargo, ocurría una cosa extraña en el corazón de Marcelino, y es que a las horas en que no podía subir a ver a su amigo, aunque siempre pensara en Él, se iba a la capilla y allí, en el gran cuadro de San Francisco, buscaba el crucifijo no muy grande que el Santo traía entre las manos y reconocía los rasgos del Hombre del desván y recordaba todas sus palabras. Cuando hacía esto, sentía un gran consuelo y levantaba algunas sospechas entre los frailes, tan poco acostumbrados a ver al chico en la capilla.

-¿Y tú, qué haces por aquí? -le dijo, un día de mal talante fray Talán, el sacristán.

Marcelino subió muchos días más y a veces le llevaba al Señor los más raros alimentos, desde nueces o algunas uvas ya medio pasas y mendrugos negros de pan y hasta un trozo de pescado que tenía un poco de

tierra porque se le había caído. Jesús sin hacer el menor remilgo, se lo comía todo con gran contento de Marcelino. Pero las más de las veces, el niño le subía pan y vino. Había descubierto que aquellas dos cosas le eran más fáciles de llevar, porque encontró el medio de abrir algunas botellas encerradas en sus cajas, en la bodega junto al desván, y también que al Señor le complacía muy particularmente aquel alimento. Hasta que un día Jesús, sonriendo mucho, le dijo:

-Desde hoy te llamarás Marcelino Pan y Vino.

Al niño le gustó el nombre y entonces el Señor le explicó cómo Él mismo, para quedarse vivo entre los hombres que le habían crucificado, había hecho la promesa de estar para siempre entre ellos en forma de pan y de vino en el altar, que era lo que comía -como si fueran la carne y la sangre de Jesús y claro que así lo eran- el sacerdote durante la santa misa. Marcelino estaba orgulloso de no llamarse Marcelino a secas, sino Marcelino Pan y Vino y un día hasta lo dijo a la hora de comer, entre el silencio de los frailes en el refectorio, gritando mucho para que se enterasen todos:

-¡Me llamo Marcelino Pan y Vino!

Algunos frailes le miraron sonrientes y otros enfadados, porque allí no se podía hablar mientras se comía con el padre Superior. Y entonces el padre Superior,

que parecía estar distraído, fijó la mirada en él y Marcelino se puso a temblar porque aquella mirada le penetraba muy adentro y parecía escarbarle todas sus ideas y recuerdos más secretos.

El niño proseguía sin trabas su amistad con Jesús y le seguía llevando alimentos y le había conseguido llevar también la manta prometida sin importarle ya si era robar o no, y se ocupaba mucho menos de los bichos y ahora era el viejo Mochito quien le buscaba a él, y tenía abandonada la cacería de animalitos y sus botes de agua y sus cajas con agujeros estaban arrinconados, y parecía como ensimismado y algo triste, y entraba a la capilla y los frailes, en una palabra, viéndole tan diferente de cómo siempre había sido, comenzaron a caer en sospechas y le observaban con mucha atención sin que él se diese cuenta. Tenía la cabeza llena de ideas misteriosas y hasta su amigo Manuel se le había olvidado, y hacía siete días que no veía a la cabra nodriza ni gastaba bromas a fray Papilla, ni subía a ver a fray Malo en su celda. El padre Superior estaba preocupado por el chico, y por eso le encargó la vigilancia a todos los frailes, y entonces fue cuando empezó a ocurrir algo en la cocina.

El padre Superior andaba preocupado por Marcelino, incluso fray Malo se quejaba de que ya no subía nunca a verle. Y que la cabra estaba desasosegada y que, de repente, Mochito se murió y Marcelino lo enterró por orden de los padres sin verter una sola lágrima, en un rincón de la huerta; y que fray Puerta y fray Bautizo fueron llamados por sus verdaderos nombres de pronto. Además que fray Talán era ayudado, por primera vez en la historia de Marcelino, a los cuidados de la capilla y que el hermano cocinero, el bendito fray Papilla, andaba como aturdido y atontado y mal de la memoria, puesto que a diario le faltaba una ración de las doce y con Marcelino trece que se hacían para cada comida.

Los otros frailes encontraban a Marcelino muy cambiado y todo el conventillo parecía ir al revés desde algún tiempo a esta parte.

Un día, el padre Superior reunió a la Comunidad, excepto el hermano Gil, que había recibido el encargo de llevar al pueblo a Marcelino con pretexto de adquirir para él unos libros escolares, ya que el invierno an-

daba tan cercano, y expuso allí todas sus dudas y dio y pidió consejo respecto al evidente cambio del niño.

-Creo que está más serio y como convertido en un hombrecito -dijo fray Bautizo.

-Encuentro que está más bueno y menos travieso -dijo fray Puerta.

-Y más devoto -dijo fray Talán.

-Marcelino ya no es como era -dijo el padre Superior.

-Ahora sus cajas y sus botes están siempre vacíos -dijo otro padre.

-Yo el otro día le vi rezando frente a la cerca donde cazaba lagartijas -dijo un hermano que se llamaba el hermano Pío y esto daba mucha risa a Marcelino.

-¿Estaba rezando? -preguntó entonces, muy interesado, el padre Superior.

-Marcelino -repuso algo confundido el hermano Pío-, hablaba de Jesús y hacía como si hablase con Él -se recogió el largo cordón el hermano Pío y prosiguió: Quizá hice mal, pero me escondí tras un árbol y le oí decir: «Mira, no quiero que lleves más esa corona y te la voy a romper ahora mismo» .

Entre los padres hubo un gran silencio y entonces el Superior, repentinamente, se encaró con fray Papilla, que había estado muy callado:

-¿No sospecha usted que esa ración que le falta a diario le pueda ser sustraída por Marcelino sin que usted se dé cuenta?



Sin hablar el hermano asintió. Y el padre continuó diciéndolo:

-Entonces, vamos a vigilarle más aún entre todos. Usted, hermano, vigile su cocina y no se deje engañar por un niño tan pequeño.

Así trazó el padre varias vigilancias a cual más estrecha, pues todos ellos andaban como entristecidos y pensando si el niño, por estar tan aislado de los de su edad y condición, no habría contraído alguna rara enfermedad a la cual hubiera que poner pronto remedio con la dolorosa separación.

Lo más seguro es que después del padre Superior que era santo, y de fray Malo, ya tan viejecito y siempre muriéndose sin acabar de descansar, el más bueno de todos era fray Papilla y también el tercero en querer a Marcelino. El padre luego de que reuniera a la Comunidad se propuso vigilarle y no había vez en que el niño entrara en sus dominios sin que el hermano, de una u otra manera, no estuviera presente. Aquello de la ración que faltaba a diario traía a mal traer a fray Papilla; él estaba bien seguro de preparar el pan para trece, la carne o el pescado para trece, la sopa o el hervido para trece, la fruta, si la había y era tiempo, para trece. Siempre trece: doce frailes y Marcelino.

-Somos doce frailes y Marcelino -se repetía el buen fray Papilla.

Un día su vigilancia dio resultado. Había andado por allí Marcelino en ocasión de que el fraile hubiera contado una vez más las raciones preparadas y hubiesen salido, como era lo justo, en número de trece. Nada más marcharse el niño, las raciones eran doce. Luego había sido Marcelino. Faltaban un pan y un pescado. Fray Papilla buscó a Marcelino por todas partes sin hallarlo. No pudo encontrar ni rastro y, a la hora de comer, el chico se sentó a la mesa con el apetito de costumbre, luego parecía raro que se hubiera comido un gran trozo de pan y un pescado de buen tamaño. Por eso, Fray Papilla se dispuso a vigilar mejor aún y al día siguiente le ocurrió lo mismo, es decir, le faltó una ración de pan, puesto que el único plato que había era una especie de guiso con garbanzos, arroz y verduras y aún estaba en la olla. Lo curioso es que esta vez la falta de la ración coincidió de nuevo con la salida de Marcelino de la cocina. Por primera vez fray Papilla se decidió a comunicar al padre Superior su descubrimiento.

-Muy bien, ahora debemos averiguar qué hace con esos alimentos -le dijo el padre-. Cuando usted consiga descubrir al niño con la ración, sígale sin que él se dé cuenta.

Fray Papilla obedeció y así pudo una tarde observar con sorpresa que el chico, una vez el bolsillo bien lleno, se dirigía a las escaleras de la bodega y el desván, a pesar de la prohibición que siempre se le había hecho. Muy asombrado el buen fraile le siguió y se quedó al otro lado de la puerta, viendo por sus rendijas cómo el desván se iluminaba al abrir el chico, como de costumbre, las maderas del ventanillo. Pero no pudo ver más, porque le dio entonces como un mareo y a poco si pierde el sentido y viene a dar con su gran cuerpo en el suelo. Con lo que fray Papilla, que ya era viejo, bajó a tientas las escaleras y entró en su cocina. No se sabe cómo penetró en la idea del buen fraile la sospecha de si se trataría de alguna tentación, pero el caso es que al día siguiente estuvo en la capilla mucho más tiempo del acostumbrado en oración, rogando al Señor que se



apiadara de él y no permitiera que un buen fraile ya tan viejo fuese tan tonto como para no saber vigilar a un pequeño niño.

Otro día Marcelino nuevamente entró a la cocina. Había guiso también y Marcelino sólo pudo hurtar un buen pedazo de pan. Comenzó el fraile su persecución, pero esta vez estuvo a punto de ser descubierto, pues el niño se dirigió derechamente a la bodega y allí fray Papilla le vio inclinado sobre una de las cajas de botellas de vino que los frailes guardaban para las grandes ocasiones. Con lo cual, y como el chico, una vez lleno el vaso, hubiese de volver sobre las escaleras, el fraile se vio obligado a bajar para no ser visto y perdió también la ocasión. Pero como dicen que la tercera es la vencida, así ocurrió en esta historia, pues no muy lejos que al día siguiente, y teniendo los padres para su cena, además del pan y un caldo caliente, como una treintena de manzanas asadas, observó fray Papilla la consabida falta del pan y de dos manzanas y se puso en acto continuo en seguimiento del ladronzuelo, llegando tras él hasta la puerta del desván y quedándose allí a observar sin poder ser descubierto. De lo que vio fray Papilla a través de las rendijas, y del desmayo que le entró una vez visto, poco podemos saber. Sólo que el buen fraile recordaba entonces, horas más tarde, que una vez el niño le había preguntado de repente días atrás:

-¿Hablas también con Dios?

El hermano había quedado muy asombrado pero acertó a contestar que sí y que ello ocurría cuando rezaba, que era la única manera de hablar con Dios que los hombres tenían, al no ser santos,

El fraile bajó con muchas señales de agitación y se encerró en seguida en la capilla, pero no dijo aún nada de lo que había visto y estuvo en vela toda la noche y a buen seguro que las disciplinas anduvieron en juego mientras los demás dormían, tanto miedo tenía el cocinero de haber caído en alguna tentación y brujería del Demonio.

No obstante, persistió en sus investigaciones con redoblado fervor, y acabó por estar al tanto de lo que en el desván ocurría a diario entre el niño y la imagen de Jesucristo Crucificado que allí tenían los frailes por su gran tamaño, que no permitía instalarla debidamente en la capilla hasta que ésta pudiera ser reformada como el padre Superior y todos deseaban. A la tercera vez, por aquello de no ir viendo visiones, fray Papilla se armó de valor y recurrió a fray Puerta, después de haberse confesado de alucinaciones con uno de los padres, y le dijo lo que a diario veía y oía a través de las maderas de la puerta del desván. Fray Puerta, que era tan bueno y tan viejo como él, se ofreció a acompañarlo para quitarle de tales y tan raras visiones.

Al día siguiente, y precisamente durante una gran tormenta de las que antes obligaban a Marcelino a buscar refugio en los frailes, estaban juntos los dos tras la puerta del desván y mientras fray Papilla se ponía muy devotamente en oración, el hermano portero atendía a lo que ocurría allí dentro. Tampoco el fraile segundo dio crédito a sus ojos, y cuando al fin bajaron habló a fray Papilla de algún sortilegio contra el que habría que prevenir al padre Superior y recordó a aquel niño que había visto a San Francisco de Asís hablar con Dios sin que San Francisco se diera cuenta y luego acabó siendo fraile y de los mejores. Fray Papilla le rogó al hermano que esperase un día más y que subiera con él otra vez antes de informar ambos al padre Superior. De esta forma lo prometió el otro y la noche llegó y con ella se calmó la gran tormenta, siendo entonces dos los frailes que pasaron la noche en vela rezando y pidiendo luz a Dios para entender este tan misterioso asunto.

Aquellos días Marcelino andaba como dormido en su propia felicidad. Parecía que no recordaba nada y que viviera embebido en sus pensamientos. Ni los bichos, ni sus viejos amigos los frailes, ni siquiera la cabra que fuera su nodriza y que en estos días agonizaba de puro vieja en el corral, ni las tormentas que menudeaban ahora sobre el convento, ni nada, le distraía de su amistad con el Hombre del desván, de sus conversaciones y de su nueva afición a visitar la capilla y quedarse allí realmente dormido mientras contemplaba el crucifijo del cuadro de pintura de San Francisco, hasta el punto de que alguna tarde tuvo que ser transportado a la cama desde allí mismo.

Ya ni siquiera entraba a la cocina con la intención de engañar a fray Papilla y delante de sus mismas narices recogía la ración acostumbrada y subía sus escaleras sin importarle para nada el ruido, ni tampoco que le pudieran seguir hasta allá arriba.

En aquella tarde, su ofrenda había consistido en lo más corriente y lo que había dado origen al nombre puesto por Jesús: pan y vino solamente. Jesús descen-

dió como de costumbre de su cruz y comió y bebió su pan y su vino como siempre y sólo al final, ante Marcelino embebido en su figura, de la cual no quitaba ojo, pero sin atreverse ya a tocarle del respeto y amor que le paralizaban, llamó hacia Sí al niño y tomándole con las manos por los delgados hombros le dijo:

-Marcelino, has sido un buen muchacho y Yo estoy deseando darte como premio lo que tú más quieras.

El niño le miraba y no sabía cómo responderle. Pero el Señor, que veía dentro de él lo mismo que ve dentro de nosotros, insistía dulcemente, haciéndole presión con sus largos dedos:

-¿Quieres ser fraile como los que te han cuidado? ¿Quieres que vuelva junto a ti Mochito, o que no se muera nunca tu cabra? ¿Quieres juguetes como los que tienen los niños de la ciudad y del pueblo? ¿Quieres, mejor el caballo de San Francisco? ¿Quieres que venga contigo Manuel?

Marcelino a todo decía que no, con los ojos cada vez más abiertos y sin ver ya al Señor de lo mucho que lo veía y de lo cerca que lo tenía de sí.

-Dime, ¿qué quieres entonces? -le preguntaba el Señor. Entonces Marcelino, como si estuviera ausente, pero fijando sus ojos en los del Señor, dijo:

-Me gustaría ver a mi madre y también a la Tuya después.

Jesús lo atrajo entonces hacia Sí y lo sentó sobre sus rodillas, desnudas y duras. Después, le puso una mano sobre los ojos y le dijo suavemente:

-Pues duerme Marcelino.

De pronto, once voces clamaron «¡Milagro!» detrás de la puerta del desván, sobre la escalera, y la puerta se abrió de golpe y todos los frailes menos fray Malo irrumpieron en la pequeña estancia en la que apenas si cabían tantos. «¡Milagro, milagro!», gritaban los frailes y el padre Superior. Pero todo estaba en calma y bajo la luz del ventanillo abierto, aparecían los estantes cubiertos de libros y legajos empolvados, como siempre; los muebles y maderas hacinadas y el Señor en su cruz inmóvil, macilento y agonizante como de costumbre. Marcelino reposaba entre los brazos del sillón frailer, dormido al parecer. Los frailes cayeron de rodillas y allí estuvieron tanto tiempo como fuera posible hasta darse cuenta de que Marcelino no despertaba. Se acercó entonces el padre Superior a él y, tocándole con sus manos, hizo seña a los frailes de que fueran bajando y dijo nada más:

-El Señor se lo ha llevado consigo, bendito sea el Señor. Todos los frailes bajaron a su capilla y allí pasa-



ron la noche, entre lágrimas de alegría, con el cuerpo de Marcelino extendido sobre las gradas del altar. Frente al altar mayor, los frailes habían puesto inclinado el gran crucifijo del desván, que de otra manera no cabía. Marcelino estaba dormido en el Señor y, seguramente, viendo ya la cara de su madre desconocida.

En el amanecer partieron a buen paso hacia los pueblos del contorno los frailes más jóvenes, para dar cuenta de lo sucedido al vecindario y a la tarde comenzaron a llegar los primeros carros, con todos los que querían ser testigos de la prueba del milagro. En su pequeña caja de madera clara, Marcelino, sonriente y sonrosado, dormía. Llegaron y llegaron carros y caminantes a pie como en romería durante toda la noche, por todos los pueblos había cundido el rumor del milagro y se conocía ya la dichosa muerte del niño de los frailes.

Por coincidencia, aquella misma noche había muerto también la cabra de Marcelino y fray Malo había sentido tan repentina mejoría sobre sí que se había hecho conducir a la capilla para adorar al crucifijo y despedirse de su amigo Marcelino-.

-¡Miren, yo viviendo -decía el buen fraile llorando- y él aquí!

El entierro se organizó en forma de procesión a media mañana. El niño había de ser enterrado en el cementerio del pueblo más próximo, que era donde esta-

ba empadronado, a pesar de que los frailes hubieran preferido dejarlo allí con ellos en el pequeño campo-santo de la huerta; pero fue imposible por la ley que imperaba y las propias reglas de la Orden y a primera hora de la tarde se puso por fin en camino la gran comitiva, en la cual iban, con los frailes en procesión, las autoridades de los pueblos y gran parte de sus vecinos, entre los cuales no faltaba la familia de Manuel con Manuel mismo, quien apenas si recordaba de aquel niño que sólo una tarde conociera. Del pueblo más rico había enviado su Ayuntamiento la banda de música, que tocaba una marcha fúnebre muy lenta y tristona y como a pedazos, por lo separado que iban los músicos. Por cierto que si Marcelino hubiera vivido y hubiese asistido a un entierro semejante al suyo, habría reparado en que el músico que tocaba el bombo de aquella banda era muy delgadito y parecía ir a perder el equilibrio por el gran peso de su tambor, mientras que el que tocaba el clarinete era un gordo enorme, que parecía fumar en aquella especie de estrecha boquilla que era en sus manos la delgada trompeta.

Los cánticos estuvieron a cargo de los frailes y la banda entonaba su marcha fúnebre. Las gentes rezaban en viva voz y sólo los niños reían y saltaban por el camino, sin darse cuenta de nada. Hacía una tarde espléndida, de aquellas tardes que le gustaban a Marcelino Pan y Vino antes de tener su gran Amigo del des-

ván, y los carros y las caballerías seguían a la larga comitiva de a pie cuando de improviso, unas caprichosas cabras que por allí pastaban en rebaño, atraídas seguramente por la música y los cantos, se pusieron a seguir el entierro y llegaron con él hasta las puertas del cementerio. Si la cabra nodriza de Marcelino hubiera estado viva también estaría allí, triscando unas pocas hierbas mientras el cuerpo del niño descendía sobre la tierra. El cuerpo, digo. Porque el alma había subido ya hacia su madre, hacia el cielo que tanto decían los frailes, hacia el Señor a quien Marcelino tantas veces había dado de comer y de beber en el desván.

- FIN -

INDICE

Parte I	3
Parte II	15
Parte III	27
Parte IV	39
Parte V	53
Parte VI	63

